



QUINTO DOMINGO DE CUARESMA

“Cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Jeremías 31,31-34; Hebreos 5,7-9; Juan 12,20-33

Las lecturas de este domingo, ya el último antes de la Semana Santa, invitan a concentrar nuestra atención en el acontecimiento pascual de la muerte en cruz y resurrección de Jesús, que el evangelio de Juan designa con la expresión “ser elevado de la tierra”, en el que se cumple la salvación que Dios ofrece a todas las personas y “la nueva alianza”, anunciada por Jeremías y confirmada por Jesús en la última cena.

El autor del cuarto evangelio debía conocer los acontecimientos de la vida de Jesús, pero no se siente obligado -seguramente sabe que ya otros antes lo habían hecho- a detenerse narrativamente en cada uno, aunque sí hace referencia con frecuencia a su sentido teológico. En el texto que hoy hemos leído hay una clara referencia a la oración angustiada de Jesús en Getsemaní que conocemos bien por los evangelios sinópticos. También en la segunda lectura, la de Hebreos, podemos reconocer una clara alusión a aquella intensa oración previa a la pasión.

Las lecturas del domingo pasado se habían centrado en el gran amor que Dios nos tiene como clave del acontecimiento pascual en cuanto acontecimiento de salvación. Las lecturas de este domingo, en cambio, nos orientan hacia Jesús, cómo el vivió y asumió el desarrollo de su misión que le llevó hasta la muerte en cruz. Los sinópticos lo habían presentado en un momento, cercano ya a su prendimiento y

* Ciclo B

a su pasión, como una experiencia intensa de oración, experiencia del hijo que se entrega, angustiado y confiado, a la voluntad su Padre, del Abba: “no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Mc. 14,36). Oración y actitud madurada a lo largo de su vida pública, desde las “tentaciones” -el ser “Hijo de Dios” como mesianismo de privilegio y poder o como servidor que da su vida por la liberación de todos- hasta el momento definitivo de Getsemaní y de la cruz. El final de la cruz no le resultaba tan inesperado. Jesús con su prédica y sus acciones en favor de los pobres y de los pecadores, mostrando el amor peculiar de Dios por aquellos que en su nombre eran oficialmente despreciados, había hecho el camino necesario para su condena, había sido fiel a la misión encomendada por el Padre.

El cuarto evangelio resalta la voluntad libre de Jesús para afrontar el desenlace de su vida en una muerte violenta, que de alguna manera ha ido presintiendo. Esa muerte, como lo había sido su vida, no era un destino impuesto, sino una vocación libremente asumida. Ante la demanda de unos extranjeros piadosos que quieren conocerlo, Jesús aprovecha para expresarse. La muerte violenta presenciada, y tantas veces aludida y anunciada en los capítulos anteriores, Jesús la acoge como “su hora”, puede temerla, pero no la rechaza: “Y ¿qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!”. Hasta el final se identifica plenamente con la misión recibida y asume con conciencia y libertad las consecuencias históricas de su fidelidad. Manifestación de una auténtica madurez humana lograda, de convicciones y coherencia, que puede resultarnos significativa y alentadora en el proceso de nuestro propio “seguimiento”.

Entiendo que es a eso a lo que se refiere el texto de Hebreos cuando dice: “aun siendo Hijo, por los padecimientos aprendió la obediencia”. La obediencia propia del ser “Hijo”, el asentimiento consciente y libre a la misión a la que fue enviado, la fidelidad coherente aun en medio de la incomprensión y del rechazo; así llegó a la “perfección” de ser verdaderamente el Hijo y se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen”, es decir los que de manera libre y consecuente han decidido seguirle. La obediencia, como virtud cristiana, no es la del esclavo, que por temor renuncia a su voluntad, sino la del hijo, que crece y se perfecciona en la acogida gozosa del proyecto amoroso del Padre, lo que Jesús llamó “la buena noticia del Reino de Dios”. La obediencia, entonces, se vive en un proceso permanente de conversión y en acciones, como las de Jesús, que concretan una entrega por amor al servicio de la causa de una fraternidad y de una vida digna y justa para todas las personas, con la preferencia evangélica de los más vulnerables y desamparados.

Jesús asume su muerte y le reconoce un sentido. No es una fatalidad ni un fracaso. Es la conclusión de una vida entregada para la vida de los demás, como la del

“grano de trigo (que) si no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto”. En la entrega cotidiana -en las grandes opciones y en los pequeños gestos de atención y cuidado- de la vida por amor a las otras personas, aunque parezca a muchos desprenderse (“odiarse”) a sí mismo, es como uno alcanza pleno sentido y realización, “vida eterna”. Jesús confía en que su testimonio de vida entregada será capaz de atraer a muchas personas a lo largo del tiempo: “Y yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”. Su muerte, es decir su vida entregada hasta la muerte, su “ser elevado de la tierra” en la cruz, según la teología del cuarto evangelio no significa el fracaso de su misión; más bien apunta a su resurrección y glorificación, “ser elevado de la tierra” a la gloria del Padre y así ser motivo de “atracción” y salvación.

El Jesús, que nos presenta el evangelio de Juan deja entrever el misterio de la persona de Jesús. En la verdad de su “carne” –“la Palabra se hizo carne” (Jn.1,14)-, es decir, en el proceso de su vida humana que va a culminar dramáticamente en la cruz, Jesús vive “su hora”. El tema de “mi hora” lo había apuntado ya en el episodio de las bodas de Caná (2,4) y lo había aludido en otras ocasiones. Ahora, ante la cercanía de su muerte, identifica el sentido de la expresión. “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre”. En su entrega hasta la muerte el Padre lo glorifica, lo reconoce en su condición de Hijo. La “voz del cielo”, que la gente interpreta como un trueno, es voz de reconocimiento y glorificación, retoma lo que Juan Bautista confiesa haber entendido en el momento del bautismo en el Jordán: “doy testimonio de que éste es el Elegido de Dios” (1,34). La “hora” de la máxima entrega, a la que había llegado a lo largo de una vida entregada a la causa del Reino de Dios, a la causa de la vida de los seres humanos, sus hermanos, es la “hora” de su glorificación por el Padre: “lo he glorificado y de nuevo lo glorificaré”. Revelación del misterio de la persona de Jesús y revelación para nosotros. Es en la entrega cotidiana a las hermanas y hermanos donde encontramos nuestro sentido de ser personas humanas, la plenitud de nuestro ser hijas e hijos del Padre, podríamos decir de nuestra glorificación. Este tiempo oscuro de temor y de incertidumbre, de generosidad y de cuidado mutuo, es también nuestra “hora” y la “hora” de nuestra humanidad: plantearnos ante el amor que Dios nos ha manifestado en la entrega de Jesús, qué persona estoy llamado a ser, qué humanidad queremos ser y construir.

La lectura del profeta Jeremías 31 anuncia la “nueva Alianza” que Dios quiere establecer con la humanidad, no en base a leyes y cultos externos, sino la que se vive desde lo más radical del ser humano, “su corazón”. Jesús en el diálogo junto al pozo con la mujer samaritana lo precisó: “adoradores en espíritu y en verdad” (Jn.4,23). Y en la cena de despedida, ya presintiendo cercana su muerte violenta,

proclama su cumplimiento: “Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que se derrama por ustedes” (Lc.22,20). Así lo repetimos en cada eucaristía.

Lo que nos disponemos a celebrar en la Semana Santa es la nueva Pascua, la “nueva y eterna Alianza” en la muerte-resurrección de Jesús, que nos constituye en “humanidad nueva”. Pensemos en estos días cómo dar forma y rostro a esa “novedad”, que afecta no sólo a nuestra relación con Dios, sino a nuestra relación con las personas y con el entorno natural en ese tiempo histórico preciso.